

Viaje en tren a Ronda

Hoy recuerdo como si fuera ayer los años de mi infancia en los que iba con mis primos de excursión a la Cueva del Gato. Había que atravesar la vía del tren para poder encontrarnos con esa imponente gruta horadada en la roca que era (y es) el nacimiento del río Guadares. Por aquella vía discurre el tren Algeciras-Granada, el mismo tren en el que viajo hoy y donde escribo lo que ahora lees.

Cuando era niña pasaba los veranos en Ronda y es allí donde me contaron esta historia. Pepe fue novio de Margarita durante nada menos que nueve años, pero él sabía que nunca llegarían al altar, eso pensó en el instante en que Antonia atravesó la puerta de la tienda de tejidos en la que él trabajaba, con ella sí que se hubiera casado en ese mismo momento si hubiera podido. Tres meses después de aquel primer encuentro, salían por la puerta de la iglesia de la mano. Antonia y Pepe son los héroes de esta historia.

Mi tren se para en la estación de Cortes de la Frontera, ya sólo quedan dos estaciones para llegar a Benaojan, un pequeño pueblo situado en la ladera de una montaña rocosa, el Hacho. Al otro lado del Hacho hay otro pueblo, Montejaque, donde se trasladaron Pepe y Antonia desde Ronda cinco meses después de su boda, ella con una incipiente barriga de tres meses y él con un contrato de trabajo en la fábrica de embutidos del pueblo. La tienda de tejidos no daba para vivir los tres. Echarían de menos Ronda, pero tenían ilusión y les gustaba la idea de empezar de cero creando su propia familia. Se integraron muy pronto en el pueblo, los dos tenían muy buen carácter y se hacían querer por la gente enseguida, eran serviciales y agradecidos, amigos tanto del cura o el alcalde como de la más pobre campesina o lavandera.

Corría el año 1935, un año antes de la Guerra Civil, Rafael, el hijo mayor de Antonia y Pepe ya tenía tres añitos, por aquel entonces Pepe estaba fascinado con su trabajo en la fábrica, le encantaba y pronto se convirtió en el mejor empleado, hacía de todo, tanto tratar con los ganaderos cómo con los fabricantes de máquinas o entripar morcillas.

Su patrón era un hombre mayor y estaba cansado de toda una vida de trabajo a destajo, necesitaba retirarse y al no tener descendencia pensó en Pepe. Él era el único empleado que podría mantener a flote la fábrica y la idea de vendérsela fue cada vez más convincente. Así que llegó el día en que por fin se la planteó a su querido empleado. Cuando Pepe escuchó aquel discurso, no sólo se emocionó por el reconocimiento al trabajo bien hecho que suponía por parte de su jefe, sino que después de abrazar a su

patrón, fue corriendo a contárselo a su esposa, aunque a él le maravillaba la idea, tenían que tomar la decisión entre los dos. Si bien aquello suponía un riesgo, porque Pepe todavía no tenía dinero para completar la compra, estaba seguro que funcionaría porque ya había aprendido todo sobre el oficio, así que a pesar del riesgo, no le fue difícil convencer a Antonia de que no solo era una buena oportunidad, sino que era la mejor de sus vidas.

La compra pronto se hizo efectiva y para celebrarlo, Antonia se volvió a quedar embarazada y ambos pensaron que si era niña se llamaría Victoria.

La vida parecía que les sonreía, eran jóvenes, se amaban, tenían un hijo precioso y bueno, muchos amigos en el pueblo y también en Ronda, el negocio iba cada vez mejor y encima pronto nacería su nuevo bebé.

Sin embargo la situación en España no era nada buena, ya se oían rumores de que la República estaba muy debilitada y que había muchas posibilidades de un golpe militar, el ambiente en la Serranía de Ronda estaba muy convulso. Cada día se escuchaba algo distinto y nadie podía fiarse de nada.

El 18 de Julio de 1936 ocurría el fatídico golpe de estado y también nacía la pequeña Victoria, sana, rosada de piel y regordeta, una luz de vida en medio de aquella pesadilla que solo acababa de empezar.

La amenaza de guerra pronto fue una realidad, en la sierra la lucha era descarnada, las tropas nacionales entraron por las montañas y a diferencia de otras partes de Andalucía, se encontraron con una fuerte resistencia por parte de la República. Los pueblos luchaban con todo lo que tenían a su alcance. Se sentía el terror y la muerte demasiado cerca y en Montejaque los vecinos se estaban matando. Amigos contra amigos, hermanos contra hermanos, ajustes de cuentas aprovechando la desgracia de la guerra. La fábrica fue tomada y saqueada y Antonia, Pepe y sus dos hijos se vieron abocados a huir.

En su huida hacia Ronda, donde al menos tenían a la familia, solo llevaban lo puesto y un burro. Así, atravesando las montañas y en medio del horror, pudieron llegar a la ciudad. En el camino se fueron encontrando con gente de uno y otro bando, muchos eran conocidos y todos, tanto unos como otros, les ayudaron a escapar.

Me estremezco al mirar por la ventana del tren el paisaje montañoso que tuvieron que atravesar Antonia y Pepe con los pequeños Rafael y Victoria y al intentar recrear las escenas de esta historia, las lágrimas inundan mis mejillas.



Después de tres días caminando por las montañas, llegaron a Ronda. Juan, el hermano mayor de Pepe, un hombre muy conocido en la zona y defensor de la República, los acogió en su casa. Una vez a salvo en casa de Juan, Antonia tenía una cosa que contarle a Pepe. Tenía mucho miedo aún y su hijo Rafael no paraba de preguntar qué estaba pasando y por qué lloraban todos incluida su hermanita pequeña que no paró desde que salieron de Montejaque, a Antonia no le salían las palabras, pero lo que tenía que decir era muy importante. Sin embargo, se limitaba a señalar temblorosa el dobladillo y el forro de su falda y su abrigo. Los señalaba una y otra vez insistiendo tanto que Pepe, nervioso, interpretó en ese gesto de su mujer que debía romperlos y así lo hizo. Al principio no entendía nada pero pronto empezaron a salir cosas de aquellas prendas, primero salieron una a una las fórmulas de elaboración de todos los embutidos de la fábrica, después una pulsera de oro que Antonia había heredado de una tía suya, luego empezaron a salir billetes y monedas que eran todos los ahorros que tenían. Pepe, no podía creer lo que tenía delante de sus ojos, sabía que Antonia era el mayor de los tesoros que la vida le había regalado pero esto era una auténtica hazaña, tenía ante sí a la mujer más valiente y astuta de todas las que conocía, ella era excepcional y les había salvado la vida. La miró y con una sonrisa nerviosa y agradecida dibujada en su cara, la abrazó intensamente. Después se abrazaron los cuatro y Victoria por fin dejó de llorar.

Con esos ahorros que Antonia escondió en los dobladillos y con la ayuda de Juan, pudieron sobrevivir durante los años más duros y férreos de la guerra.

Fue duro, pero al menos tenían para comer algo cada día. Pepe ayudaba en lo que podía a su hermano y aunque sabía que había muchas cosas que Juan no le contaba, confiaba plenamente en él.

Juan estaba al tanto de todas las noticias que acontecían de la guerra y sabía que la cosa no pintaba bien para ellos, por eso convenció a su hermano Pepe para que se mantuviera al margen.

Como todos sabemos, en Abril de 1939 termina la guerra, aunque la Serranía de Ronda llevaba tomada desde hacía muchos meses ya, en la última batalla que se libró en Ronda, Juan cayó herido y a los pocos días murió de septicemia. Aquello fue un enorme revés para Pepe y Antonia y Pepe juró por la memoria de su hermano que volvería a Montejaque a recuperar su fábrica.

Con la pulsera de oro heredada y escondida por su mujer, antes de volver a Montejaque, Pepe compró un Cerdo retinto. Al llegar a la fábrica, a pesar de que estaba devastada, con las fórmulas que Antonia guardó, no sin dificultades, fueron elaborando los primeros embutidos y poco a poco fueron saliendo adelante como Pepe había jurado meses atrás a la memoria de su hermano Juan.

Mi tren pasó hace rato por Benaojan y ya se ve a lo lejos la estación de Ronda. En el andén soy capaz de distinguir la silueta de una anciana que hace más de ochenta años era una bebé sana, de piel rosada y regordeta, es mi tía Victoria, a quien debo mi nombre y que hoy ha venido a recogerme. Me bajo del tren, nos abrazamos sin hablar y me lleva de la mano a darle el último adiós a la abuela Antonia.

A la memoria de mis abuelos y de todas las personas que han sufrido y sufren, aún hoy, el horror de la guerra y el odio entre hermanos.